

Reseñas bibliográficas

Luri, G. (2019).

La imaginación conservadora: una defensa apasionada de las ideas que han hecho del mundo un lugar mejor.

Barcelona: Ariel. 344 pp.

En los tiempos que corren no es fácil proclamarse conservador ni estar a favor del conservadurismo, y menos en España. Pronunciarse supone un acto de valentía y una declaración de intenciones, exponiéndose a ser considerado como retrógrado por una sociedad en muchos casos libertaria y muy ruidosa.

El conservadurismo no es ni más ni menos que el fruto de la historia, del paso del tiempo y de los hechos que han significado un algo en la vida de las personas de un país. El conservador es un ser que decide no olvidar el pasado, que quiere aprender de lo sucedido anteriormente para hacer frente al presente y construir un futuro con más seguridades y firmezas.

Algunos revolucionarios y reaccionarios ven esto como un paso atrás, como una involución de la sociedad, cosa que

no es ni cierta ni objetiva. El conservadurismo tiene una íntima relación con las revoluciones, es más, existe gracias a las revoluciones; es la contrarrevolución de las revoluciones. Mientras que lo revolucionario busca cambiar todo lo establecido y luchar contra el poder, el conservador prefiere sentirse heredero de la tradición y conformar el mundo moderno desde un pasado.

En torno a estas cuestiones pivota el libro que aquí se reseña, escrito por Gregorio Luri, que, siendo consciente del paradigma actual en el que vivimos, ha decidido atreverse a la defensa justificada de esta ideología.

La circunspección es un término clave para comprender esta idea. No nos sirve con cambiar lo establecido, hay que viajar al pasado para entender aquello que vemos y nombramos y qué mejor forma de viajar al pasado que la lectura de los grandes libros.

Se tiende a creer que la innovación es el futuro, que hay que innovar para avanzar

y que esto es una clara señal de progreso, pero innovación y progreso no van siempre cogidos de la mano. El conservador, afirma Luri, cree en el progreso, pero no en la innovación. Mientras que el progreso prospera en paralelo al avance de nuestra inteligencia y pone el foco en el contenido, la innovación se adelanta a la inteligencia y pone el punto de mira en la velocidad de las mejoras. Puede tenderse a pensar que el conservador vive anclado en el pasado, pero no es así. El conservador también es moderno (entendiendo que lo moderno no ha de ser necesariamente *innovacionista*), pero se niega a ser solo eso, quiere algo más, quiere enriquecer la tradición, alimentarla, seguir haciéndola.

Este discurso tropieza a menudo con las ideas de la izquierda, que alegan ser los partidos progresistas, los partidos del cambio, cuando en demasiadas ocasiones, lo único que consiguen ser es innovacionistas, revolucionarios y temerosos de perder la conexión con el mundo.

Por el contrario, el conservadurismo no es una simple forma de vida, como la tachan algunos, es una ideología como otra cualquiera: interpreta el mundo, posee una visión de la naturaleza, una orientación moral, unos esquemas de un programa de gobierno, una retórica y unos criterios de coherencia.

Como gran enemigo de esta ideología encontramos el nihilismo, que surge al dejar a un lado la prudencia propia del hombre conservador y dar paso a la ciencia como única referencia del pensamiento, lo que desembocará más tarde en el pensamiento nihilista.

Estas ideas no pueden ser ajenas a lo político, por lo que gran parte de la obra reseñada trata sobre la *polis* y todo lo que la rodea, en concreto, ocupa un lugar privilegiado el concepto de *politeia*. La *politeia*, tal como expresa el autor, es la coordinación recíproca entre todos los hombres de una ciudad que permite hacer algo. No es una ley, no puede ser escrita (si así fuera sería una constitución). La *politeia* recoge el deseo y la necesidad de vivir que tienen los habitantes de la *polis*, aquello que les une y les hace diferentes a los demás. Esta *politeia*, irrenunciable, es fruto del pasado, de los buenos ejemplos, de una tradición conformada tras una lenta transformación. Queda al descubierto la razón por la que no es bueno renunciar a ella, pues puede enseñar mucho fijarnos en la *politeia*, pero en España, desde hace un tiempo, esta conciencia se está perdiendo. Lo *politeico* se pierde cuando se olvida a los grandes escritores antiguos, cuando se olvida aquello que nos ha conformado, cuando se deja de hacer culto a los «muertos ilustres», que decía Ramón y Cajal, lo que nos conduce cada vez más a un atraso político.

Mantener la *polis* sana no es tarea fácil, pero el hombre necesita vivir en comunidad y ello supone estar sometidos a unas leyes. Las leyes son una necesidad tan natural como la del deseo sexual. La ley no busca expresar la naturaleza del ser humano, sino regir la conducta humana para hacer animales políticos. El hombre, como animal que es, tiende a ceder a sus pasiones e instintos, pero debe reprimirlos y superarlos. Como indica el autor: «La ley reprime lo que hay de animal en nosotros y nos permite aspirar a ser políticos» (p. 113).

Por ello, es de suma importancia la creación de instituciones intermedias entre la individualidad del hombre y el Estado. No nos podemos permitir ser autónomos completamente, resulta imposible. Para que un hombre pueda ser completamente autónomo debería crear su idioma propio, su ciencia propia y su propia distancia crítica de sí. Los intentos de antropotecnología para liberar al ser humano de lo político han sido en balde. Pese a que una persona no puede dejar de ser político, sí que se puede permitir ser más o menos político, es decir, se aceptan grados. El ser más o menos político depende, en gran medida, de la educación colectiva que reciba. Sin una educación colectiva adecuada, el hombre se degrada, convirtiéndose en criatura salvaje.

Platón, siglos atrás, ya nos advierte de los peligros que puede suponer el obviar estas leyes y el sobrepasar los límites naturales, convirtiéndonos en una ciudad afiebrada. Para poder evitar esto es necesario poner límites, leyes que regulen la salud política de la ciudad y la conviertan en una teatocracia donde los espectadores de la *polis* y de sí mismos sean los propios hombres.

En la última parte del libro, Luri dedica una serie de capítulos a analizar la situación político-social actual de Europa, como politeia de la que formamos parte, y de España.

La libertad es uno de los temas más recurrentes en el panorama social y político. Todos abogamos por la libertad moral para consumir las acciones, pero cuanto más

libres parecemos ser, más esclavos somos. En Europa, se ha pasado de una autoridad moral perteneciente a la Iglesia, a una autoridad moral de terapeutas, dice Luri. Nos exigimos moralmente más de lo que podemos soportar, cosa que nos avergüenza y, al no existir una moral marcada, todo es válido, nada nos sorprende. Conseguir que algo esté moral y socialmente aceptado es relativamente sencillo, simplemente hay que victimizarlo, hay que mostrar que algo o alguien sufre por aquello que reivindicamos, siendo esta la mejor forma de presentar una causa.

Otro estigma incandescente en la sociedad moderna que se trata ampliamente es el elitismo, el cual hay que ocultar a toda costa. La meritocracia existente en nuestra sociedad, es algo que, según algunos políticos, hay que erradicar; de ahí los discursos contra la casta, los ricos... Pero este argumento es relativamente nuevo. Hasta hace poco se defendía, incluso un socialista como Fernando de los Ríos, la aristarquía, la selección de los mejores para los más altos puestos. Sin embargo, igual que es importante facilitar el ascenso a aquellos que con su esfuerzo y trabajo son merecedores de ello, también hay que facilitar el descenso a aquellos que no se han merecido la cúspide honradamente.

En ocasiones, la ciudadanía no busca lo políticamente neutral, busca que le digan lo que quiere oír, el poder de la persuasión y la mentira. Se confía en la democracia para que esta resuelva los problemas de los ciudadanos sin que ellos sean plenamente conscientes lo que ocurre en realidad. Se vive en una mentira saludable constante,

pero sin estas mentiras, no existiría democracia alguna. Para que una *polis* se mantenga hay que crear una superestructura emocional que haga parte a todos los ciudadanos de una verdad común, aunque esta tenga parte de mentira democrática.

Por último, analizando la cuestión en España, Luri manifiesta la singularidad de esta como nación. Tras un breve repaso histórico, en el que cita a numerosos políticos y pensadores, muestra como España ha ido perdiendo —si es que alguna vez lo hubo realmente— su sentido de patria, cómo «hay países que se saben amar a sí mismos [...] y en cambio nosotros, o nos apasionamos o nos ensañamos con nosotros mismos» (p. 297); España es posiblemente uno de los únicos países que no quiere a su patria. Toda nación posee un ADN inmodificable pese a los titubeos políticos y sociales, pero nosotros, en cambio, en 20 años hemos cambiado completamente nuestra naturaleza. Este punto, a mi parecer, viendo la situación actual, quizá convendría desarrollarse más en el libro, buscando las razones que han hecho a España ser portadora de este sentimiento.

Toda patria tiene sus defectos, ningún patriotismo es perfecto, pero para compensar esto, se hace una idealización de lo patriótico, así se muestra el amor propio. Es importante recordar a un país las razones para sentirse orgulloso de sí mismo, sin olvidar los motivos que puede tener para sentir vergüenza.

Como dice Luri en su último párrafo, «este libro ha resultado ser un libro de resonancias» (p. 329) y es que, como buen

conservador y maestro que es, ha querido apoyarse en numerosos autores de todas las índoles para defender su postura, y no se puede cuanto menos pensar que «predica con el ejemplo».

El libro, a parte de su gran peso filosófico, histórico y analítico, nos puede esbozar unas pinceladas de la importancia que tiene, una vez más, la educación en toda *polis*, para preservar la tradición y educar colectivamente y ser así seres políticos y no salvajes. Educar en el pasado no tiene que significar ser un retrógrado, sino simplemente aumentar el campo de visión, permitiendo la circunspección que nos puede ayudar a no cometer errores anteriores.

Enrique Alonso Sainz ■

Quigley, C. F. y Herro, D. (2019).

An educator's guide to STEAM. Engaging students using real-world problems

New York: Teachers College Press. 153 pp.

Recuerdo bien el día en que aprendí realmente el concepto de *círculo*. Algo aparentemente sencillo de dibujar, a mano o con un compás si se desea una mayor perfección, tiene unas implicaciones mucho más profundas si se le presta la debida atención y se pretende comprender en toda su extensión. Era un niño cuando la profesora de Dibujo faltó por una baja médica y acudió un profesor sustituto, quien cogió una tiza atada a una cuerda y nos hizo ver con claridad el sentido completo del círculo. Aquel profesor no nos enseñó a dibujar círculos, lo que ya sabíamos desde hace tiempo, sino que nos ayudó a

tocar el círculo con nuestras propias manos, a manejarlo, transferirlo, a mirarlo desde diferentes puntos de vista. El círculo había dejado de ser un simple dibujo en la pizarra o el papel, para convertirse en un concepto relevante no solo para la asignatura de Dibujo, sino también para las matemáticas —dando sentido a las fórmulas que estudiábamos y los conceptos asociados como el radio, el diámetro o el perímetro—, la biología —al entender las razones de la circularidad de muchos organismos—, la física —en relación a la distribución de las fuerzas—, o la estética —en referencia a la perfección inherente al propio dibujo—. Aquella sencilla experiencia transdisciplinar cambió nuestra percepción sobre el círculo, pero también sobre otros contenidos. Nos ayudó a comprender que lo que explicaba cada profesor no era relevante exclusivamente para su asignatura, sino que podía facilitar entender mejor lo que estudiábamos en materias aparentemente distintas. Nuestra percepción de la realidad cambió, haciéndose menos estrecha y torpe, y más interconectada e integral. Aquella clase nos hizo un poco más intelectualmente maduros.

Esta pequeña anécdota me parece que ilustra uno de los objetivos fundamentales de lo que se conoce como educación STEAM (*Science, Technology, Engineering, Arts and Mathematics*), que constituye el tema central del libro que aquí se reseña. En pocas palabras, la educación STEAM trata de afrontar el reto de los aprendizajes que se producen de manera desconectada, tanto entre ellos mismos, como con el entorno social. Es un método transdisciplinar que

se propone enseñar contenidos y las relaciones existentes entre ellos, de tal forma que permitan trascender los propios contenidos y desarrollar una visión más amplia y profunda de la realidad.

Las autoras de este libro son dos profesoras universitarias en Pittsburgh y Clemson (EEUU), quienes, en los últimos años, han realizado un importante número de investigaciones sobre este tema, investigaciones que son fruto de un trabajo muy vinculado a centros educativos, en tareas de formación, asesoramiento y desarrollo de programas STEAM. Esto es evidente tanto en algunas de sus publicaciones anteriores como en el propio libro, que tiene un eminente carácter descriptivo y práctico, así como argumentativo de las contribuciones de su propuesta.

El origen del STEAM es bastante reciente y en él se encuentra una clara intención de complementar la metodología del STEM, mediante la integración de las artes, entendidas en sentido amplio. Sin embargo, como afirman las autoras del libro, no se trata simplemente de añadir un nuevo concepto, sino también de dotar de un carácter más social y humanístico a esta metodología. Con las artes se pretende adquirir una visión más creativa de las posibles soluciones a los problemas sociales, que habitualmente implican cuestiones científicas, y se adquiere una conciencia de que los problemas no siempre tienen una única solución, como apuntaba Eisner, ni esta se conoce desde el principio, ni se alcanza siguiendo estrictamente una serie de pasos establecidos, sino que se crea progresivamente con el propio proce-

so de aprendizaje. Si bien, como todo concepto reciente, no presenta un consenso en su definición entre los diferentes autores, este libro pone el acento precisamente en el vínculo entre ciencias y artes y humanidades, como estrategia que evita una estrecha visión de las primeras.

Unido a esto, el STEAM tiene el objetivo de otorgar al concepto un carácter más inclusivo en el que niñas y estudiantes de minorías étnicas escasamente motivados por las disciplinas científicas puedan verse atraídos por ellas, pues, habitualmente, el STEM se desarrolla en actividades extraescolares con diseños instruccionales avanzados, que no son accesibles a todos y que redundan en una muy desigual representación en profesiones científicas.

Cabe señalar que, aunque el resultado sí resulta novedoso, sus diferentes elementos son habituales de las innovaciones pedagógicas de los últimos años, como el aprendizaje basado en problemas, el aprendizaje significativo o el aprendizaje-servicio. Sin embargo, aporta un aspecto que me parece muy significativo y que hace referencia a la enseñanza transdisciplinar y conectada con la realidad. Puede decirse que metodologías como el aprendizaje-servicio han sido criticadas en muchos casos por poner mayor atención en el servicio que en el aprendizaje. En este sentido, el STEAM, si bien se dirige a trabajar sobre problemas sociales en intensa interrelación con ellos —lo que aporta un elemento muy motivador para los estudiantes—, pone mayor acento en el aprendizaje del aula, es decir, en la dimensión intelectual del problema, más que en el servicio.

El funcionamiento de esta metodología es explicado en los primeros capítulos, donde se presentan de manera detallada los puntos clave para el desarrollo de unidades STEAM. A pesar de ello, no puede decirse que se trate de un manual al uso con recetas concretas, sino de una guía con reflexiones que, en muchos casos, se encuentran enraizadas en testimonios de profesores que están desarrollando estas propuestas. En definitiva, es un libro para docentes, muy vinculado a la práctica, como suele ser habitual en buena parte de la producción pedagógica estadounidense, que introduce continuas alusiones a situaciones de aula y obtiene conclusiones teóricas a partir de ellas para configurar un modelo específico de enseñanza y aprendizaje.

Como Quigley y Herro explican, los estudiantes se enfrentan a un escenario diseñado por el profesor en el que se plantea un problema que deben resolver mediante diversas tareas. Estas tareas implican diferentes disciplinas de manera natural y requieren, en algunos casos, salidas del centro y visitas de expertos en las distintas problemáticas como fuente de información y asesoramiento. Al ser problemas reales, no se trata de dar una única respuesta, como ocurre con la enseñanza centrada en los contenidos, sino de plantear alternativas de solución justificadas y basadas en lo estudiado en diferentes asignaturas.

Junto a los capítulos más prácticos que definen las estrategias para introducir esta metodología en un centro, las formas de elaborar escenarios o de evaluar las unidades STEAM, son interesantes las consideraciones que realizan las autoras sobre

la transversalidad y la introducción de las artes. Con respecto a la primera, la distinguen de la multi e interdisciplinariedad debido a la naturalidad con la que se integran las disciplinas en los escenarios planteados, ocupando las mismas áreas para dar lugar a nuevas ideas. Esta transdisciplinariedad surge precisamente del realismo de los problemas, que lleva a trabajar en las disciplinas sin pensar en su distinción. Es decir, se recurre al conocimiento necesario y se aplica para articular una solución. Tal forma de resolver los problemas es lo que realmente permite conocer las interconexiones existentes entre las diferentes disciplinas. En relación a la inclusión de las artes en el STEAM, advierten de que no pueden ser vistas únicamente en su dimensión estética y las aportaciones que pueden realizar para embellecer los productos, sino que también juegan un papel relevante en el diseño, expresión de emociones y resolución de problemas.

En definitiva, el STEAM es un nuevo ejemplo de pedagogía activa con aportaciones relevantes para la docencia en las aulas que promueve un aprendizaje más global, interconectado e integrado en el entorno del centro educativo. Ahora bien, hay algunos aspectos con respecto a la propuesta y al propio libro que deben tenerse en cuenta.

En primer lugar, como se puede leer entre líneas en el texto, no se trata de convertir toda la docencia en STEAM, sino de incluir este tipo de actividades en la dinámica del curso escolar, de manera complementaria a otras. El tiempo que requiere su desarrollo, los recursos que deben movi-

lizarse, la flexibilidad horaria que demanda, entre otras cosas, complican su compatibilidad con otras actividades, por lo que razonablemente puede tener su sitio en el currículum escolar, pero un sitio determinado, junto a otros quehaceres.

En segundo lugar, el STEAM supone varios problemas inherentes a su propia naturaleza. Por un lado, la transdisciplinariedad en los contenidos demanda, al mismo tiempo, un profesorado que responda adecuadamente a ello, bien mediante un equipo de profesores de diferentes disciplinas que trabajen conjuntamente, que no siempre está disponible, bien mediante un profesor especialista en diferentes materias, lo que resulta complicado en cursos superiores. Por otro lado, es notable un problema de encaje entre las necesidades sociales y el currículum escolar, pues no siempre es sencillo encontrar elementos comunes que impliquen a varias asignaturas y permitan diseñar escenarios STEAM.

Finalmente, con respecto al libro, cabe apuntar que, si bien su grado de contextualización es un elemento positivo en muchos casos, está centrado en el sistema educativo estadounidense, por lo que es necesario realizar una traslación al entorno español de sus estructuras para comprender sus problemas, procedimientos y recomendaciones. Además, sería conveniente, en los primeros capítulos, una mayor fundamentación teórica de los principios que sustentan el STEAM. Al conocer esta metodología, fácilmente se adivinan principios de las propuestas de Newman, con respecto a la transdisciplinariedad; de Dewey, en relación al aprendizaje experiencial y al

contacto con los problemas sociales; o a Gardner, sobre las inteligencias múltiples que se trabajan en la diversidad de tareas, por lo que una conexión con estos autores contribuiría a la configuración de una propuesta más sólida en esta prometedora metodología.

Juan Luis Fuentes ■

Prince, T. (2019).

Ejercicios de mindfulness en el aula. 100 ideas prácticas.

Madrid: Narcea. 136 pp.

Este libro es a la vez innovador y tradicional. Tradicional porque recupera y activa una serie de ideas y procesos que el cognitivismo y el academicismo habían confinado en el olvido del baúl de los recuerdos; innovador porque adapta y concreta esas ideas y dinámicas en ejercicios precisos aplicables al aula.

El *mindfulness*, traducido generalmente al español como «atención plena» o «plena consciencia», ¿es una moda? ¿Una tendencia conceptual? ¿Una maniobra del mercado, camuflada bajo la idea de una nueva espiritualidad centrada en vivir el momento presente al margen del pasado y del futuro, tal como se puede deducir del análisis de Ronald Purser? ¿Una simple palabra para enfatizar procesos tradicionales desatendidos durante años, tales como concentración, meditación orientada a la autoconsciencia, educación emocional, integralidad, etc.? ¿Un recurso psicoterapéutico y educativo necesario para recuperar el equilibrio interno y reconducir las

disfunciones y otros problemas vitales (estrés, insatisfacción existencial, ansiedad, dolor, enfermedad...) producidos por la vertiginosa rapidez con la que se suceden los acontecimientos en el mundo actual? Velocidad que obliga a personas y pueblos a convertir su vida en una especie de carrera existencial aceleradísima cual si se estuviera en una competición permanente.

Sea cual fuere la respuesta a los interrogantes anteriores, y sin caer en la ingenuidad de quienes defienden el *mindfulness* como una revolución que va salvar el mundo de la catástrofe, lo cierto es que necesitamos hoy cauces y herramientas para no ser arrastrados por las devastadoras tormentas que nos inundan de información fugaz que, al igual que las tormentas, aparece con la misma vertiginosidad con la que desaparece. Esta peculiaridad tormentosa y acelerada del mundo actual genera situaciones que afectan al desarrollo normal de la infancia, produciendo estrés, ansiedad, crisis nerviosas, arrebatos emocionales o dificultades para mantener la atención, por citar solamente algunas de las disfunciones que aquejan hoy a la infancia y, digámoslo también, al resto de la población.

La práctica del *mindfulness* ha demostrado mejorar el bienestar de quienes la ejercitan porque favorece el desarrollo de procesos de socialización positivos que ayudan sencillamente a ser versus tener. Procesos necesarios para activar en cada uno habilidades para defenderse de la irreflexión a la que nos arrastra la carrera estresante dirigida a tener más, como sea y de manera inmediata. En suma, que frente

a esta dinámica y cultura «clínex» de usar y tirar, sea conocimientos, información, relaciones, cosas, etc., el *mindfulness* ofrece ideas e instrumentos para no ser arrastrados por esa corriente torrencial, porque nos ayuda a observar y utilizar por nosotros mismos no solo el potencial personal interior y la propia experiencia del presente, sino también a transformar los elementos externos en energía positiva y valiosa para los procesos personales de autorrealización humanizante y para el actuar consciente del día a día.

El libro presenta 100 ejercicios de *mindfulness* en el aula. Estos ejercicios están estructurados en los diez bloques o capítulos siguientes: «Respirar», «Meditación guiada», «Meditación activa», «Gratitud», «Yoga», «Inteligencia emocional», «Colores y garabatos *mindful*», «Serenarse y relajarse», «Caminar *mindful*», «*Mindfulness* para profesores».

¿Cómo usar el libro? Para responder a esta pregunta es importante considerar el matiz del título: *100 ideas prácticas*. Los ejercicios de *mindfulness* desarrollados en el libro son concretos y aplicables directamente, pero, al mismo tiempo, son fuente de ideas y procesos que permiten adaptarlos a otras situaciones. No en vano, al final de cada ejercicio despliega dos apartados: a) consejos prácticos; b) más ideas.

Los propios educandos, los profesionales de la educación y de la enseñanza, los padres y cuantos quieran aprender las ideas, dinámicas y estrategias del *mindfulness* encontrarán en el libro un material valioso y multivalente, tanto para el

aprendizaje activo como para la gestión de problemas de tipo emocional. Ahora bien, interpretar el libro solamente como un vademécum recetario sería un error; puesto que las ideas prácticas de cada ejercicio son tan útiles o más que el ejercicio mismo. Razón por la cual, el libro tiene doble valor:

a) *Práctico*: desarrolla ejercicios concretos aplicables en el aula.

b) *Teórico/práctico*: extraer y adaptar las ideas y las estrategias de cada ejercicio a nuevas situaciones de autoobservación, conocimiento, experimentación y control sereno de uno mismo y del entorno presente, con el objetivo de que sea uno mismo quien se conoce, se controla y controla al entorno y no a la inversa.

Son muchas las voces que denuncian la insuficiencia educativa de la escuela secuestrada por el academicismo dominante exteriorizado en currículos interminables. Este libro da un paso más allá de la simple denuncia ofreciendo herramientas de desarrollo personal, integrables fácilmente en la jornada escolar, puesto que los alumnos pueden asumir y ejecutar sin esfuerzo y de manera gratificante.

José V. Merino Fernández ■